

Las rosas de Tsu-Ling



El sabio Feng acostumbraba visitar el jardín de Tsu-Ling, quien todos los años ganaba el premio del emperador. Las rosas de Tsu-Ling tenían fama de ser las más hermosas, y solo rivalizaban con ellas las de Pao, un jardinero que vivía muy cerca de su casa. Tsu-Ling y Pao se odiaban desde largo tiempo atrás.

—¿Qué ha pasado con tus rosales, jardinero Tsu-Ling?
—preguntó Feng en una de sus visitas—. Parecen quemados por la helada.

—Alguien echó sal sobre la tierra, sabio Feng. No necesito de tus habilidades para saber quién fue.

—Sé que tu enemistad con Pao es muy larga, y sin embargo Pao jamás hizo nada fuera de las reglas. Vive para sus rosas.

—No tengo otros enemigos, Feng. ¿Quién más querría atacarme? Soy un hombre desgraciado: en el otoño mi esposa me abandonó, y ahora las rosas han muerto. —Feng decidió visitar a Pao.

—Alguien echó sal en las rosas de Tsu-Ling. ¿Quién puede odiarlo así?

—Odio a Tsu-Ling, pero no odio a sus rosas. Consigo buenos resultados gracias a procedimientos laboriosos: invento máquinas de riego, protejo a mis plantas de la helada a través de cien métodos diferentes, escarbo en la tierra en busca de respuestas. Pero Tsu-Ling no necesita de nada de eso. Él se entiende con las rosas, como si leyera un mensaje escrito en sus pétalos. Lo odio, es verdad; pero lo considero un jardinero superior.

Feng prefería la mañana para dar sus largas caminatas. A veces pensaba en los casos que se le presentaban. Otras dejaba su cabeza sin ninguna ocupación, y era así, con la mente en blanco, como venían las respuestas a él. Pasear de noche no le gustaba, pero esperaba que la luna le revelara quién era el visitante secreto que regaba las rosas con sal.

El sabio Feng caminó toda la noche alrededor del jardín de Tsu-Ling sin ver a nadie. Luego regresó a su casa. Cuando al atardecer, luego de algunas horas de sueño, fue a saludar a Tsu-Ling, notó que habían volcado una nueva bolsa de sal sobre la tierra. El jardinero, abatido, dijo a Feng:

—No plantaré más rosales aquí. Me retiraré a la colina para dedicarme al cerezo y al jazmín. Este año, el vil Pao se llevará el premio del emperador. Deberían dar monedas de sal y no de oro a quien trabaja con sal.

Mientras Tsu-Ling hablaba, el sabio Feng había hundido una pala en la tierra, entre las raíces de los rosales muertos.

—¿Qué haces, sabio Feng? Este no es un asunto digno de tus habilidades. Sabemos cuál es el crimen, sabemos cuál es el arma y cuál, el culpable.

—Sé cuál es el crimen y quién es el culpable, pero no conozco el arma, jardinero Tsu-Ling. —El sabio Feng dio otra palada de tierra—. Si me dices la verdad, este hoyo que cavo será innecesario; de otro modo, seguiré trabajando. Será bueno aprender un poco de jardinería.

Quedaron los dos en silencio, mientras las abejas zumbaban a su alrededor, impacientes por una respuesta. Al final Tsu-Ling habló:

—Mi esposa solo tenía ojos para el vil jardinero Pao. La maté con mis armas de jardinero y la planté aquí. Las rosas que crecieron desde entonces heredaron su belleza. Yo quería ocultar mi crimen, pero ella quería mostrarse. Por eso aniquilé esas rosas: porque eran las más hermosas que nadie vio jamás.

El jardinero Tsu-Ling deshizo entre sus dedos una rosa marchita.

—Es hora de que des aviso, sabio Feng. Esperaré aquí a la policía imperial.

Feng miró un pequeño tallo que crecía con determinación, a pesar de la sal.

—Otra será tu condena, jardinero Tsu-Ling. Ya tendrás bastante pena con cultivar el jardín y con dar vida a estas rosas.

Cuando días más tarde Feng volvió a pasar, vio que el jardinero Tsu-Ling había cumplido su promesa. Por encima de las otras plantas se levantaban las rosas, del color de la sangre. Viajeros venían de puertos lejanos a mirar las rosas de Tsu-Ling.

Cierta tarde, el sabio Feng visitó al jardinero Pao.

—¿Qué pasa que no encuentro a Tsu-Ling? —le preguntó—. Sus rosas están tan hermosas como siempre, pero las rodea la maleza.

—A principios de la primavera Tsu-Ling se hirió con una espina. Le produjo una herida profunda. Murió al tercer día. Pensé que era mi responsabilidad cuidar su jardín, pero no me atrevo a tocar esas rosas. Su belleza me confunde.

El sabio Feng miró las rosas amarillas de Pao. No eran tan hermosas como las de Tsu-Ling, ni tan afiladas sus espinas.

—Hizo bien en no acercarse, amigo Pao. Las rosas de Tsu-Ling ya no necesitan jardinero.

